
POLÉMICA.

SEÑORES REDACTORES DE **ÉL PAÍS** Y DE **EL HERALDO**.

Berlin 16 de julio de 1849.

Mis queridos amigos : En los periódicos que ustedes redactan se han publicado, en contestacion á las cartas que tuve la honra de escribir al señor conde de Montalembert, dos articulos, en los cuales la cortesanía anda en competencia con el ingenio. Hubo un tiempo en que yo era un porfiado justador en certámenes intelectuales. Ese tiempo, sin embargo, pasó ya, desde que llegué á persuadirme que las controversias valen poco, y que mas bien sirven de rémora que de aguijon al género humano en su arrebatado camino. Los siglos de los argumentadores son los siglos de los sofistas; y los siglos de los sofistas son los siglos de las grandes decadencias. Detrás de los sofistas vienen siempre los bárbaros, enviados por Dios para contar con su espada el hilo del argumento.

Esto no obstante, he resuelto faltar hoy á mi propósito en gra-

cia de nuestra amistad, y para dar un público testimonio de mi aprecio hácia ustedes y del homenaje que estoy dispuesto á rendir á sus talentos esclarecidos.

Diré, pues, algo de lo mucho que pudiera decir acerca de las observaciones que ustedes han hecho á mis cartas. Y como me falta tiempo para enviar un ejemplar de este escrito á cada uno de los periódicos mencionados, se le remito solamente al que primero me impugnó, rogando al otro que, si lo tiene á bien, se inserte en sus columnas, pues va dirigido á ambos. Al propio tiempo debo declarar aquí que, una vez la mano en la pluma, contestaría también á los otros periódicos, si es que ha habido otros que me hayan honrado con sus impugnaciones; debiendo atribuirse mi silencio solamente á la circunstancia de no recibir sino EL PAIS, LA ESPAÑA y EL HERALDO.

Uno de ustedes me ha acusado de maniqueismo, y de pertenecer á la escuela neo-católica. Por lo que hace al último miembro de la acusacion, debo declarar aquí: lo primero, que no sé si esa escuela existe: lo segundo, que si existe, ignoro lo que quiere: lo tercero, que en todo caso yo no pertenezco á ella. Yo soy católico puro: creo y profeso lo que profesa y cree la Iglesia católica, apostólica, romana. Para saber lo que he de creer y lo que he de pensar, no miro á los filósofos: miro á sus doctores: no pregunto á los sabios, porque no podrian responderme: pregunto más bien á las mugeres piadosas y á los niños, vasos ambos de bendicion, porque el uno está purificado con las lágrimas, y el otro está embalsamado todavía con el perfume de la inocencia.

Yo he visto dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas, levantadas á lo alto por la sabiduría humana: la primera cayó al ruido de las trompetas apostólicas, y la segunda va á caer al ruido de las trompetas socialistas. Y en presencia de este espectáculo tremendo, me pregunto á mí mismo con terror, si la sabiduría humana es otra cosa sino vanidad y afliccion de espíritu. No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la sociedad no ha de caer, porque no ha caído ya; y á cuyos ojos el nublado, lejos

de crecer, se va deshaciendo por los aires. Para ellos, la revolucion de febrero fué el castigo, y lo que viene es la misericordia. Los que vivan, verán; y los que vean, se asombrarán al ver que la revolucion de febrero no fué más que una amenaza, y que ahora viene el castigo.

Por lo que hace á la acusacion de maniqueo, á ser fundada, sería de una gravedad altísima. Los maniqueos, en los tiempos modernos como en los antiguos, han afligido á la Iglesia con escándalos, y han henchido su corazon de amargas tribulaciones. La acusacion, sin embargo, carece de todo fundamento.

Si la coexistencia del mal y del bien bastara para constituir el maniqueismo, la Iglesia sería maniquea; porque la Iglesia, como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que el mal y el bien andan mezclados por el mundo. Si la lucha entre el bien y el mal bastara para constituir el maniqueismo, la Iglesia sería maniquea; porque la Iglesia, como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que esa lucha existe desde que comenzó la gran tragedia paradisaica, y que se dilatará por toda la prolongacion de los tiempos. Si la victoria *natural* del mal sobre el bien bastara para constituir el maniqueismo, la Iglesia sería maniquea; porque la Iglesia, como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que el bien no puede triunfar del mal sino por un milagro. El diluvio, por el cual el bien salió triunfante del mal, fué un milagro. La venida al mundo de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el bien triunfó del mal, fué un milagro: y el juicio final, en el cual el bien triunfará del mal para siempre, es como la coronacion de todos los milagros (1).

Esto, por lo que hace á las sociedades humanas, por lo que hace á los individuos, están sujetos á la misma ley, si bien obra en ellos de diferente manera. El mal triunfa del hombre, como triun-

(1) Debo advertir aquí, que solo LA ESPAÑA tradujo el párrafo de mi carta, relativo al fin de los tiempos: en la traduccion de EL HERALDO y de EL PAIS no se encuentra, sin duda por distraccion del traductor: sin embargo, ese párrafo es importantísimo, porque completa mi pensamiento.

fa de la sociedad, *naturalmente*; y no es vencido en el hombre, como en la sociedad, sino por una influencia milagrosa. La influencia milagrosa que salva al hombre, se llama *gracia*; y la *gracia*, que es en el hombre el principio de la *justificacion*, es al mismo tiempo el principio de toda victoria.

Entre la salvacion de las sociedades y la del hombre hay, pues, esta semejanza: que ambas se obran por un milagro; y esta diferencia: que en el hombre el milagro es comunmente interno é invisible, y en la sociedad es exterior y, si pudiera decirse así, palpable. Al hombre le habla Dios sin ruido de palabras; al mundo estrepitosamente.

No hay, pues, maniqueismo ni en la existencia del mal al lado del bien, ni en su lucha, ni en su victoria, conseguida por los medios *naturales*.

¿Cuándo habria, pues, maniqueismo? Le habria si yo hubiera dado á los estragos del mal una existencia independiente de la voluntad de Dios: si yo le hubiera hecho Dios: si le hubiera señalado con el dedo como el rival del Altísimo, averiguando con él en portentosas batallas, á quién habia de pertenecer la dominacion del cielo y de la tierra, y el imperio sobre lo visible y sobre lo invisible, sobre los ángeles y sobre los hombres. Tal blasfemia no ha estado en mi corazón, ni ha venido á mis labios.

Luzbel no es el rival, es el esclavo del Altísimo. El mal que inspira é infunde, no le infunde y no le inspira sino permitiéndolo el Señor; y el Señor no lo permite sino para castigar á los impíos, ó para purificar á los justos con el hierro candente de las tribulaciones. De esta manera, el mal mismo viene á trasformarse en bien, bajo el omnipotente conjuro de aquel que no tiene igual ni en lo potente, ni en lo grande, ni en lo maravilloso; que es el que es; y que sacó todo lo que es fuera de él, de los abismos de la nada.

Se me ha hecho otra objeccion mas grave todavía: porque se dice que la consecuencia que puede sacarse de mi opinion respecto al triunfo irremisible del mal, ataca no solo al catolicismo, sino al cristianismo; porque en ese caso la mision del Cristo quedaria virtualmente declarada insuficiente.

Aquí hay dos grandes errores: el uno relativo á mi opinion, el otro relativo á la mision del Salvador del género humano.

Es tan lejos de ser cierto que yo crea el triunfo del mal irremisible, que he dicho espresamente lo contrario. Con el diluvio triunfó el bien del mal: con la venida del Señor triunfó el bien del mal: con el juicio final triunfará el bien del mal: y su triunfo no tendrá fin, porque los tiempos se habrán acabado; y la eternidad no le tiene. Lo que he dicho es, que el mal triunfa *naturalmente* del bien. Y esto, ademas de ser una cosa puesta fuera de toda duda, es una cosa conforme á la doctrina católica. El catolicismo no dice que el hombre sea poderoso para triunfar del mal: dice lo contrario espresamente: porque enseña que las sociedades no pueden triunfar del mal sino ayudadas por el brazo de Dios, ni el hombre sino con la ayuda de su gracia. Luego, afirmando yo, por una parte, el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y por otra, el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal, no hago otra cosa sino reducir á una fórmula breve y comprensiva los grandes principios del catolicismo, fundado todo él en la omnipotencia divina y en la flaqueza humana.

Pasando ahora al error relativo á la mision de Nuestro Señor Jesucristo, diré que Jesucristo no se llama y no es Salvador, porque haya salvado á todos los hombres: se llama y es Salvador, porque antes de su venida no podia salvarse ninguno; y despues de su venida, si quieren, *pueden* salvarse todos. En cuanto á lo primero, sabido es que los justos de la antigua ley estaban aguardándole en el seno de Abraham, y que no salieron de allí para remontarse á los cielos sino rescatados por su preciosísima sangre. Por lo que hace á lo segundo, el testo del evangelista es terminante: *In propria venit et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* (San Juan, c. 1.º, v. 11, 12, 13.)

En una palabra, y para que esta doctrina quedé tan clara como el sol que nos alumbra, el misterio de nuestra redencion se reduce

principalmente al restablecimiento, por los méritos del Salvador y por su gracia, del dichoso equilibrio de la libertad humana, roto por el pecado.

Tres han sido los varios estados del hombre . en el primero era completamente libre , y su libertad consistía en la potestad que le fué dada de escoger entre salvarse y perderse. El hombre, en uso de su libertad , quiso perderse , y se perdió. Perdiéndose , entró en el segundo estado. Lo que principalmente le distingue del primero, es, que , en vez de una libertad cumplida , solo tuvo en él una libertad amenguada. El hombre no pudo salvarse , aunque pudo perderse : su libertad cayó en el mismo abismo en que habia caido su inocencia. Con la venida del Señor pasó al tercer estado , en el cual recobró toda su libertad primitiva por medio de la gracia , la cual fué dada al hombre en grado suficiente, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo , cuya preciosísima sangre lavó la mancha del pecado: *Ubi abundavit delictum , ibi gratia superabundavit*. Con la gracia recobró su entera libertad : y con su entera libertad , la potestad de escoger entre perderse y salvarse.

El hombre puede echar por cualquiera de estos dos caminos; y puede echar por el de la perdición , sin que en su perdición definitiva tenga derecho para levantarse contra Dios, como Adán no le tuvo para levantarse contra él en la perdición primera. El hombre es libre , soberanamente libre en presencia de su Dios, que reverencia la libertad humana, como encerrando el mas profundo de sus designios , y como siendo la más sublime de sus obras. El libre albedrío es una cosa tan inviolable , tan santa , que ni Dios ni el hombre pueden impedir al hombre los dos actos más grandiosos y al propio tiempo más terribles de esa libertad tremenda : el acto por medio del cual el hombre mata su cuerpo, y el acto por medio del cual pierde su alma : el suicidio y el pecado. No hay ninguna libertad que no haya sido ó que no pueda ser confiscada por alguna tiranía; salvo la libertad por excelencia , la cual está puesta fuera de la jurisdiccion de los tiranos. Todo lo pueden contra mí , todo, menos obligarme á vivir si aborrezco la vida, y llevarme por fuerza á puerto de salvacion si no quiero salvarme.

Y véase cómo la cuestion del porvenir de las sociedades humanas puede tratarse anchamente, sin que sea contraria al catolicismo ninguna de las soluciones posibles. La cuestion es una cuestion de libertad. Se trata de averiguar solamente, si las sociedades humanas, por el camino que libremente llevan , van á parar á la perfeccion, ó van á parar á la muerte. Vds. tienen la dicha de estar convencidos de lo primero : yo tengo la desgracia de estar persuadido de lo segundo.

Digo más todavía : digo que mi solucion , sin estar aceptada y definida por la Iglesia , sin estar formalmente articulada en las divinas Escrituras , y sin haber sido espresamente sustentada por los doctores , es, sin embargo, la que guarda más grande consonancia con el espíritu difundido interiormente en la religion católica.

Sigan Vds. conmigo los pasos del Salvador hasta que muere en la cruz , desde que nace en el pesebre. ¿ Qué significa esa nube de tristeza que cubre perpétuamente su sacratísimo rostro ? Las gentes de Galilea le vieron llorar : la familia de Lázaro le vió llorar : sus discípulos le vieron llorar : Jerusalem le vió inundado de lágrimas. Todos , todos vieron las lágrimas en sus ojos. ¿ Quié vió la risa en sus lábios ? ¿ Y qué era lo que veian tan turbados aquellos ojos, en cuya presencia estaban todas las cosas, las presentes como las pasadas, las pasadas como las venideras ? ¿ Veian por ventura al género humano navegando por un mar sin vajíos y en plácida bonanza ? No, no. Veian á Jerusalem cayendo sobre su Dios; á los romanos cayendo sobre Jerusalem; á los bárbaros cayendo sobre los romanos; al protestantismo cayendo sobre la Iglesia : á las revoluciones, amamantadas á los pechos del protestantismo, cayendo sobre las sociedades; á los socialistas cayendo sobre las civilizaciones; y al Dios terrible y justiciero cayendo sobre todos.

Esto veian , y por eso sus ojos estuvieron llorosos hasta que se cerraron , y su alma triste hasta la muerte.

Veamos ahora lo que decia. ¿ Qué decia á sus discípulos , y en sus discípulos á su Iglesia , y en su Iglesia á todos los cristianos , y en todos los cristianos á todos los que representaban el bien en la